

La Lucha de Jesús en Getsemaní

Un sermón de la Pasión de Jesús, sobre Lucas 22:44

Por Rev. G. Van Reenen

Lectura bíblica: Salmos 22 (o Lucas 22:31-46)

Salterio 187: 1, 2

114: 2, 5, 6

170: 2, 3

241: 1, 2, 6

INTRODUCCIÓN

Queridos amigos, el Salmista canta acerca de una tristeza muy dolorosa en el Salmo que acabamos de cantar: “Tus olas hablan de juicios, que sobre mí han pasado”. Aquí tenemos la imagen de una persona que se está ahogando en lo profundo del mar. Esto demuestra la condición de una persona que está ahogándose espiritualmente, y se escuchan la agonía y el temor de alguien que está en peligro de caer en el mar insondable de la ira de Dios.

En esta inundación terrible vemos a una persona que se ahoga, subiendo y bajando con las olas que pasan por encima de él, y está cayendo más y más profundo en aquella profundidad insondable de la muerte y el infierno. Desde aquel mar terrible de la ira de Dios, se levanta un clamor a Dios: “*Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí*” (Salmos 42:7). Pero, ¿quién es esta persona que se ahoga en el mar terrible de la ira de Dios? Queridos amigos, en estos versículos escuchamos el clamor del Fiador sufriendo. Oh, una persona cualquiera no puede comprender la profundidad de Su clamor, ni mucho menos soportarla.

Ciertamente David, el hombre “conforme al corazón de Dios” (Hch. 13:22), sabía algo de estas cosas cuando escribió este Salmo; no fue algo que no hubiera conocido. Cada uno de los hijos de Dios llega a conocer la ira de Dios; uno lo experimenta más que otro. Entonces claman con Moisés en el Salmo 90: “*Porque con tu furor somos consumidos, y con tu ira somos turbados*”. Sin embargo, lo que experimentaron David y Moisés no era el entrar en la profundidad inconcebible de la ira de Dios; eran como si fueran gotas de esas ondas y olas, y aun así, eran tan terribles de modo que ningún ser mortal podía soportarlas. El poeta de los Salmos, inspirado por el Espíritu Santo, canta de los sufrimientos de Cristo. Vamos a considerar este sufrimiento de Cristo según las palabras de nuestro texto, las cuales se encuentran en Lucas 22:44, donde leemos la Palabra de Dios así: “*Y estando en agonía, oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra*”.

Queridos amigos, después de participar de la Santa Cena con Sus discípulos, Cristo les dijo que todos ellos se escandalizarían de Él (Mt. 26). Luego, Él salió con Sus discípulos y les dijo: “*Levantaos, vamos de aquí*” (Juan 14:31). Así es en este mundo; una y otra vez se nos dice: “Levantaos, vamos de aquí”.

Estas palabras son especialmente difíciles para nosotros cuando estamos en una condición agradable, o en un lugar donde preferiríamos quedarse. A veces el Señor nos lleva de una aflicción a otro, y hay veces cuando el próximo pozo es más profundo del abismo del cual nos había sacado. Sin embargo, sea agradable o no, Jesús va por delante, Sus discípulos tienen que seguirlo, y debe ser nuestro deseo acompañarlos.

El camino por el cual va Jesús con Sus discípulos es el mismo camino en que iba David y sus compañeros, con sus ropas rasgadas, cuando David tenía que huir de su hijo Absalón. Mientras Jesús camina con Sus discípulos, Jesús les habla esas palabras maravillosas y consoladoras que se encuentran en los capítulos Juan 15 y 16. Luego, Jesús levantó la oración conmovedora que leemos en Juan 17. Después, Jesús se acerca al lugar donde vamos a estar esta mañana, para ser, como si fuera testigos, de

LA LUCHA DE JESÚS EN GETSEMANÍ

Vamos a considerar:

- 1. El lugar donde andaba;**
- 2. La lucha que hizo allí; y**
- 3. La sangre que sudó allí.**

PRIMER PENSAMIENTO

En primer lugar, vamos a considerar el lugar donde Jesús andaba. Este lugar fue el huerto de Getsemaní, ubicado al pie del Monte de los Olivos. Allí fueron Jesús y Sus discípulos después de celebrar la Pascua juntos (Mt. 26:36).

Vamos, queridos amigos, pongámonos en nuestros pensamientos en la entrada de este huerto. Ahí viene el Maestro, el León de la tribu de Judá, el Todopoderoso en Quien Dios había puesto el socorro (Sal. 89:19), el Hombre Jesucristo. Sí, debemos mirarlo como el *Hombre* Jesucristo, porque el hombre ha pecado, y el hombre tenía que sufrir las consecuencias del pecado. Él está con todos Sus amigos, pero pronto les dice a ocho de ellos que se queden en la entrada del huerto. Tres de ellos van unos pasos más adelante con Él: son Pedro, quien había dicho que podría morir con Jesús, y los hijos de Zebedeo, quienes habían dicho que podrían beber de la copa que el Padre Le había dado a Su Hijo para que la bebiera. Jesús manda a los tres que velen mientras que Él vaya más adelante para orar.

Jesús va más adentro en el huerto; la Biblia nos dice que “*se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra*” (v. 41). En medio de las tinieblas horribles de aquel huerto se llevará a cabo esa lucha terrible, una lucha que no se puede comparar con la de Jacob en Peniel ni con Ezequías en su cama.

Es muy notable que haya sido un huerto donde entró Jesús como el segundo Adán. También era un huerto, el huerto de Edén, donde Dios había puesto Su obra maestra, el hombre perfecto. La palabra “Getsemaní” significa prensa de aceite, porque allí el aceite de oliva fue prensada. También en este lugar

Jesús será “prensado”, hasta que el bálsamo para sanar el alma fluya de Él. Fue en el huerto de Edén que nuestra alma fue herida mortalmente al ser picada por una serpiente, es decir, el pecado. Y en este huerto de Getsemaní se prepara el bálsamo, el *único* bálsamo que puede curar nuestra herida. Isaías lo dice así: *“Por su llaga fuimos nosotros curados”* (Is. 53:5).

Fue en un huerto que el primer Adán perdió su libertad y se hizo esclavo de Satanás, del mundo y de su propia carne. Aquí en este huerto de Getsemaní, Jesús recupera esta libertad por todo Su pueblo, para que se pueda decir: *“Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”* (Juan 8:36). Fue en un huerto que nuestro primer padre fue conquistado por la serpiente, el diablo, y en este huerto Jesús entra en batalla con el diablo, y lo conquistará, rompiendo todos los lazos del diablo para Su pueblo.

Una vez más: en un huerto el primer Adán desobedeció a Dios; en este huerto el segundo Adán obedece la voluntad de Su Padre. Aquí es donde Jesús dice una y otra vez: *“No se haga mi voluntad, sino la tuya”* (v. 42). Fue en un huerto que el hombre se hizo digno de la pena de muerte, la cual le fue pronunciada. Aquí en este huerto esa sentencia fue anulada. Por último, fue en un huerto que Cristo fue prometido al hombre pecador; aquí en este huerto Lo vemos entrar en aquel Getsemaní oscuro para luchar la batalla más terrible que ningún hombre o príncipe jamás había luchado. Esto nos será evidente en nuestro segundo pensamiento: la lucha que hizo Cristo en este huerto.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Nuestro texto dice que Cristo estaba “en agonía”. Los evangelistas de la Biblia buscan las palabras para que podamos comprender lo que Jesús experimentó aquí en el huerto de Getsemaní. Nos será manifiesto que Cristo luchó una batalla pesada y terrible, ya que consideraremos los poderes con los cuales tenía que luchar. Estando solo en esta lucha, Cristo está envuelto por el príncipe de las tinieblas y sus ayudantes. La ira del Todopoderoso arde contra Jesús; las angustias de la muerte y del infierno Lo agarraron, y el poder del pecado viene por encima de él. Todo esto hace que el querido Jesús esté temeroso, y amenaza con destruirlo.

Queridos amigos, ¿alguna vez han visto a alguien luchar con la muerte? ¿Quién de ustedes alguna vez ha sentido la ira terrible de Dios, y ha experimentado que los pecados más abominables surgen en su corazón? ¿Quién de ustedes ha sido alguna vez el objeto de la tiranía infernal de Satanás, y ha sido agarrado por los terrores de la muerte y del infierno? Ahora bien, a todo esto fue expuesto el Fiador del bendito Pacto. En un momento todo se esfuerza contra Él, y no de una magnitud que podemos imaginar, pues esto fue la medida más alta que se pudiera imaginar.

Ya es la hora de las tinieblas, la noche de los poderes del infierno. Todo viene en contra del amado Jesús al mismo tiempo; los atributos de Dios que habían sido violados ya se están vengando. La Ley derrama sus maldiciones en el alma noble de Jesús. Aquella fuente inmunda de pecado echa toda su inmundicia en Su corazón puro y santo. Satanás convoca a todos los poderes del infierno para luchar

contra Jesús. La batalla es con los diablos; el tiempo es ahora o nunca. Y lo que hace que la lucha sea mucho más grande es que Jesús se encuentra solo, abandonado por Dios y por el hombre. Oh, ¡qué terrible son las tinieblas en Getsemaní en aquel momento! El huerto de Getsemaní se convierte en la sombra del valle de la muerte; es más, se convierte en el mismo valle de la muerte. ¡Jesús lucha con la muerte! ¡Él tiene que morir!

Hijos de Dios, miren la lucha terrible en la cual se encuentra Jesús allí. Es una lucha del alma, tan terrible de modo que Él clama: “*Mi alma está muy triste, hasta la muerte*” (Mt. 26:38). Oh, ¡que angustia más amarga experimentó Jesús aquí. Como leemos en Salmos 116:3: “*Me rodearon ligaduras de muerte, me encontraron las angustias del Seol; angustia y dolor había yo hallado*”, y luego, “*Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí*” (Sal. 42:7).

En medio de esta agonía, Jesús corre a Dios como ríos de agua. Lucas nos cuenta que “*estando en agonía, oraba más intensamente*”. Su oración es: “*Padre, si quieres, pasa de mí esta copa*”. ¡Escúchenlo, hijos de Dios! En Su oración, Jesús aún dice “Mi Padre”, y “si quieres”. No obstante, también dice: “*Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*” (v. 42). Cristo implora así tres veces, acudiendo a Su Padre y luego volviendo a Sus discípulos. Sin embargo, mientras los cielos están silenciosos, Él encuentra a Sus discípulos durmiendo. No pudieron velar con Él ni siquiera una hora. Oh, cuán evidente es que Jesús tenía que pisar el lagar solo, y de los pueblos nadie había con Él. (Is. 63:3) Y, a pesar de que un ángel le fue enviado para fortalecerlo, el ángel no Le pudo ayudar llevar la carga. Jesús tenía que tomar esta copa solo, hasta vaciarla.

Pueblo de Dios, miren una vez más este huerto de Getsemaní. He aquí un Hombre que suspiraba fuertemente y que experimentaba el temor de la muerte. Allí se pone de pie; luego camina, luego se inclina; he aquí, se tira a la tierra y se arrastra en el polvo por causa de miedo y tristeza de corazón. Oh, pueblo de Dios, ¿reconocen a su Jesús en estas cosas? ¿Quién Lo ve ahora como el Santo de Israel? ¿Quién Lo ve ahora como compañero de Dios, como el más hermoso de los hijos de los hombres? No, queridos amigos; verdaderamente para el ojo natural, no hay parecer ni hermosura en aquella Persona que se arrastraba como gusano y no hombre.

Miren también su semblante sangriento, causado por los sufrimientos de su alma. Aún no Le habían colocado la corona de espinas, y el azote todavía no había cortado Su espalda, y Sus manos y pies aún no habían sido clavados. Este semblante sangriento fue por causa de la agonía de Su alma. Oh, ¡cuán terrible! Aquí la copa de la ira de Dios se derrama sobre Él, y los dardos agudos del Todopoderoso perforan Sus entrañas. Él es como presa de los terrores de la muerte y las tentaciones del infierno.

Entonces sucedió lo que leemos en nuestro texto: “*Y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra*”. Esto casi nunca sucede. La historia nos cuenta que el rey Carlos IX de Francia sudó sangre cuando su consciencia lo torturaba después de la masacre horrible de San Bartolomé. Sin

embargo, aquí se trata del Santo Jesús, Quien no conoció pecado, ni jamás lo había cometido. Aquí se trata del Santo Cordero que iba a ser sacrificado. Oh, creyentes verdaderos, aquí está Su Jesús, Quien es su Fiador para con el Padre, su Amado, Quien experimentó todo este sufrimiento inexpressable por causa de los pecados suyos.

Sólo el pueblo de Dios puede entender esto un poco, porque ellos también experimentan algo de este sufrimiento. Lo comprenden cuando el Espíritu de Dios abre la consciencia, para que vean que han pecado contra un Dios santo y justo. Entonces, por causa del fruto de su injusticia, el pueblo de Dios encuentra agonía y tristeza, de tal manera que comiencen a sudar. Entonces ellos pueden entender un poco de aquel sufrimiento que azotó a Jesús para expiar por su culpa, para apaciguar la ira de Dios, y para conquistar el infierno y la muerte para ellos.

TERCER PENSAMIENTO

Queridos amigos, en nuestro tercer pensamiento vamos a considerar la sangre que sudó Cristo. *“Y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”*. Estas gotas de sangre son más preciosas que cualquier cosa, aún más preciosas que nuestra vida temporal. Son más hermosas que un collar de perlas, y son más excelentes que los diamantes. Para los hijos de Dios, estas gotas de sangre son más deseables que el oro y la plata. No exageramos cuando decimos que para el pueblo de Dios, estas gotas de sangre que caían hasta la tierra valen más que todo lo que les puede ofrecer el mundo. No es posible usar un lenguaje demasiado fuerte aquí, pues todo lo que decimos ni se aproxima la realidad de lo precioso de estas gotas de sangre.

Esta sangre proclama a los elegidos que su deuda está pagada, esa gran deuda que jamás pudiera ser pagado ni con montones de oro. Oh pueblo de Dios, ¡esa sangre con la cual nuestra deuda fue pagada era de Dios Mismo! Dios, en Cristo, estaba reconciliando el mundo con Sí Mismo. Donde no hay esta sangre, todas las promesas de Dios no tienen ningún valor. Ya se puede escuchar esto en la promesa “madre” en el huerto de Edén. Esa promesa ya señalaba la sangre que causó que la tierra de Getsemaní se hiciera roja. Con esta sangre Satanás fue conquistado, y se abrió un nuevo Paraíso en vez de un Paraíso perdido. Si se quita esta sangre de la Palabra de Dios, se convierte en un libro sin sentido, sin luz, sin consuelo, y sin esperanza de ser liberado de la miseria en la cual todos nos hemos hundidos.

Sin embargo, precisamente por medio de esta sangre de Cristo, los secretos de la bendita voluntad de Dios están abiertos para nosotros; los sellos del consejo secreto de Dios se abren, los cuales habrían estado cerrados para siempre si no fuera por la sangre de Cristo. Queridos amigos, ¿qué fue lo que salvó a los israelitas de la mano del ángel de la muerte en Egipto? ¿Acaso fue su temor de Dios o sus mismas virtudes? ¡De ninguna manera! Fue la sangre del cordero que se había rociado en los postes y el dintel de las casas donde habían de comer la Pascua (Ex. 12:7). ¿Con qué fueron rociados el Arca del Pacto y los grandes altares en el Día de la Expiación, tanto en el desierto como en el templo de Jerusalén? ¿Acaso fue

con perlas o con oro? ¡No! Fue la sangre del holocausto, la cual fue un tipo o sombra de la sangre del Señor. ¿En qué encontraron la paz y la remisión de sus pecados los hijos de Israel, quienes fueron estuvieron en el polvo ante Dios? ¿Acaso fue con el sacrificio de miles de corderos? ¿O tuvieron que sacrificar a sus primogénitos como rescate para sus almas? No, sino que encontraron esa paz y remisión de pecados a través de esta sangre de los holocaustos que señalaban a Getsemaní y Gólgota.

También David y los profetas, como Isaías, Daniel y Zacarías, hablaron acerca de esta sangre, sin la cual no hay perdón de pecados, y que habla mejor que la sangre de Abel (Heb. 12:24). También cuando los apóstoles salieron a predicar en el Nombre de Jesús, fueron al mundo culpable no con oro ni plata, sino con esta sangre, la sangre de Jesucristo que limpia de todo pecado.

Oh, hijos de Dios, ¡sólo esta sangre nos proclama el amor eterno del Padre! Nos proclama la gracia inexpresable del Hijo, esa gracia de Aquel que voluntariamente se puso en nuestro lugar como el Fiador que pagó toda nuestra deuda. Él fue herido por la mano de nuestro Juez eterno para así borrar todos nuestros pecados, cerrar nuestro infierno, abrir nuestro cielo y guiarnos al corazón de amor del Padre. Por eso lo volvemos a decir: si se quitara esta sangre de la historia de la Iglesia, de la predicación de la Palabra, de la administración de los sacramentos y de la experiencia del pueblo de Dios, serían vanas nuestra fe y esperanza, y estarían perdidos todos los que durmieron en Cristo, porque “*Sin derramamiento de sangre no se hace remisión*” (Heb. 9:22). Queridos amigos, no hemos exagerado cuando dijimos que aquellas gotas de sangre que sudó Jesús en el huerto de Getsemaní y que derramó en Gólgota valen más que todo lo que nos puede dar el mundo. ¡Qué fruto más gloriosa lleva esa sangre! Permítanme decir algo sobre eso.

Esta bendita sangre lleva un fruto bendito para todo el mundo; por causa de esta sangre Dios bendice todo el mundo. Pronto los campos serán arados otra vez, y se sembrará la semilla que llevará fruto a treinta, a sesenta y a ciento por uno, y esto será solamente por causa de la sangre de Cristo. Por motivo de esta sangre, todos nosotros, sin excepciones, compartimos un tesoro de bendiciones de la gracia común.

Por causa de esta sangre, el llamado de la gracia y paz viene a todos los que viven bajo la predicación del Evangelio. Sí, el pecador más culpable y vil aún puede escuchar el llamado de esta sangre: “*Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra*” (Is. 45:22), y “*Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?*” (Ezeq. 33:11). Es más, por causa de esta sangre todavía hay una congregación de los elegidos en la tierra y en el cielo, la cual Cristo ha ganado por Su preciosa sangre.

Hijo de Dios, es por causa de esta sangre que Él te haya cuidado y guardado aun cuando eras un enemigo de Él y de Su pueblo, y cuando Lo resistías con tus pecados o tu falsa religión, o cuando a pesar de todos los llamados y advertencias del Señor, tú seguías en tus enemistades e iniquidades. Oh hijo de Dios, ¿nunca te has detenido para mirar tu camino y preguntarte cómo es posible que Señor no te hubiera

destruido, y cómo te habrá soportado tanto? Todo fue por causa de esta preciosa sangre de Cristo. Por causa de esta sangre el Señor te detuvo en tu camino de pecado y te ha dicho: *“Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante”* (Job 38:11). Por causa de esta sangre tú tenías que rendirte incondicionalmente y seguirle, y ahora estás sentado con los que temen Su Nombre, aunque todavía no tienes un conocimiento personal de esta sangre.

No obstante, ¡cuán inexpresablemente preciosa llega a ser esa sangre cuando Dios nos descubre a nuestra culpa, pecado y estado perdido, y cuando terminamos en la muerte con todos nuestros propios lavamientos e intentos de salvarnos a nosotros mismos! Cuando llegamos a estar condenable ante Dios, y cuando por nuestro lado todo está perdido, entonces el Señor nos revela esta sangre, y entonces para nosotros esta sangre vale más que los tesoros del mundo entero. Sí, hijos de Dios, es entonces que comenzamos a tener sed de esa sangre en el mejor sentido.

¡Qué fruto más bendito se produce cuando el Señor aplica esa sangre a nosotros! Oh, ¡qué efecto más maravilloso que tiene! Primeramente tan inmundos y viles, y de un momento a otro tan puros y santos, como si fuera brillando ante los ojos de Dios. Inmediatamente hay una paz y un gozo, pues *“...ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”* (1 Corintios 6:11). Por medio de la sangre de Jesús somos liberados del infierno y de la muerte, liberados de la ira y condenación de Dios, y ya somos *“...conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”* (Ef. 2:19). Oh, ¡benditos los moradores del cielo, y los que esperan la herencia de la vida eterna! ¡Y todo esto es por la sangre de Cristo!

También la sangre de Cristo fortalece a los hijos de Dios cuando se encuentran en conflicto. A veces están tan desalentados y temen que vayan a perder la batalla, tanto que a veces sientan que no pueden seguir adelante. Pero una mirada a esa sangre les da ánimo y valor otra vez; sí, cuando miran esa sangre, entonces hasta las cruces se convierten en la luz. Hijo de Dios, en esa sangre mueren todos nuestros enemigos espirituales. Oh, ¡qué maravilla! Por medio de esa sangre lo bueno crece y lo malo muere; el corazón endurecido se hace blando a través de la sangre de Cristo. Por medio de esa sangre el pueblo de Dios aún conquista a Satanás, el acusador de los hermanos. Pronto la multitud de los moradores del cielo cantará para siempre: *“¡Tú nos has comprado con Tu sangre!”* Vamos, cantemos del **Salterio 170, las estrofas 2 y 3**.

Oh, ¡qué preciosas son esas gotas de sangre que Cristo sudó en Getsemaní! Querido amigo, ¿qué significa esa sangre para ti? ¿Alguna vez has llegado a necesitar esa sangre? Ten cuidado de no tener por inmunda la sangre del pacto (Heb. 10:29). Si era necesario que Jesús sudara sangre, ¡qué será para ti cuando siempre estás no en Getsemaní, sino en la comunión de los diablos, y cuando tendrás que estar bajo la ira de Dios para siempre! Pero aun así, hay muchos que viven como si no hubiera la muerte ni la

eternidad, ni el juicio que les espera, y quienes dicen: “*Comamos y bebamos, porque mañana moriremos*” (1 Cor. 15:32). Oh, ¡qué despertar más terrible será para tales personas!

También hay muchos que viajan hacia la eternidad apoyándose en unas limosnas, unas oraciones, unas lágrimas, un versículo o Salterio, o con el pensamiento falso de que el Dios misericordioso también tendrá misericordia para con ellos. Consideran que ya han sufrido tanto aquí en este mundo, y el Señor no les castigará dos veces. Tarde o temprano se darán cuenta de que están equivocados. ¡No, pecador! Solamente la sangre de Jesucristo, Hijo de Dios, limpia de todo pecado.

Además hay muchos que tienen una profesión religiosa muy ortodoxa, también acerca de la obra fiadora de Jesús y el derramamiento de Su sangre. Esa sangre tiene un lugar muy importante en la predicación que escuchan, en las canciones que cantan, etc. Tales personas viven muy tranquilas, sin preguntarse si Jesús derramó Su sangre para ellos. ¡También este camino está equivocado! Es necesario que la sangre de Cristo sea aplicada a ti, que seas rociado con ella y así ser limpiado.

Aún hay más quienes piensan haber limpiado a sí mismos con la sangre de Cristo, y ahora piensan que están limpios. ¡Esto también es un camino engañoso! Es necesario ser lavado por Jesús Mismo. El Señor Jesús dijo a Pedro y también a ti y a mí: “*Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*” (Juan 13:8).

Y ustedes, hijos de Dios, quienes han sido comprados por un precio valioso, espero que al ver los sufrimientos de Dios que odien más y más el pecado, el cual hizo que Él sufriera. “*Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado*” (Heb. 12:4). Que mediten mucho en esa sangre de Cristo, porque así crecerán en la santificación. Oh pueblo de Dios, a través de esa sangre se ha abierto el camino al santuario, para que puedan ir al Señor con todas sus necesidades tanto para el cuerpo como para el alma. Por medio de esa sangre pronto entrarán en las puertas del cielo. Esa sangre es la marca y el sello de Jesús, comprobando que son ovejas de Su rebaño.

Oh, pequeños en la gracia: ¡todo esto es para ustedes también! También para ustedes la sangre de Jesús fue derramada, pero sólo lo que les falta es que les sea aplicada, y por la fe que les sea rociada en su alma. El Señor lo hará en Su tiempo. ¡Eso será su gran día de la expiación para ustedes! Aunque sea con un poquito del poder de la sangre Jesús aplicado a sus ojos por el Espíritu Santo, verán a Jesús en Su necesidad, pero también en Su idoneidad y voluntad de salvarlos. Con tan sólo un poco el poder de la sangre de Jesús, aplicado por el Espíritu Santo al “oído” de su alma, oirán la voz de Él que los invita a ir a Él para ser salvos. Con un poco del poder de la sangre de Jesús aplicado por el Espíritu Santo a los “pies” de su alma, irán a Él en oración, diciendo: “*Oh Jehová, libra ahora mi alma*” (Salmos 116:4). Y luego, con un poco del poder de la sangre de Jesús aplicado a sus manos, se aferrarán a Él para ser su Salvador, su Profeta, Rey, y Sumo Sacerdote, y su Novio. Y por último, con la sangre de Jesús aplicada por el Espíritu a su alma, cantarán:

*Oh alma mía, vuelve ya,
Vuelve a tu reposo;
Porque Dios te ha hecho bien,
Te ha sostenido. (Salterio 312:4)*

Aquí podría terminar este sermón, pero me es necesario considerar unas cosas más, y lo haré con gozo. Aquí en Getsemaní hay tantas lecciones genuinas y gloriosas para enseñar a todos nosotros, pero más que todo para los hijos de Dios.

Debemos considerar que lo que vemos en Getsemaní no es sólo una obra fiadora, sino que también sucedió como una obra ejemplar, es decir, como un ejemplo para nosotros. Por eso, Getsemaní es un lugar incomparable, y podemos llamarlo un lugar de enseñanza, en el cual la Iglesia de Dios puede aprender las lecciones más provechas por la luz y guía del Espíritu Santo. Son lecciones que por un lado nos causan vergüenza con nosotros mismos, pero por otro lado son lecciones que son para la gloria de Dios; son lecciones que quitan nuestro orgullo, pero también nos consuelan de la manera más dulce.

¿Acaso no podemos aprender de Getsemaní, como advertencia, que sería terrible morir sin ser salvo, y sin ser reconciliado a Dios? Si podemos ver la agonía y el terror que Le hizo al Hijo de Dios, es decir los terrores y dolores del infierno, cuán terrible sería estar para siempre bajo la ira de Dios sin cesar, y ser consumido con agonía y dolor, y no tener la más mínima esperanza de que jamás llegue el final de esos sufrimientos. Que Dios les enseñe a rogarle la reconciliación con Él antes de que sea demasiado tarde.

Sin embargo, hijos de Dios, aquí también podemos aprender lo grande el precio con el cual hemos sido salvos del infierno. Oh, ¡cuánto Le costó a Jesús para cerrar nuestro infierno y para conseguirnos el gozo celestial!

También aprendemos en este huerto de Getsemaní lo que quedaría de nuestra salvación si dependiera del mejor de los siervos de Dios. Los discípulos no pudieron vigilar con Jesús ni siquiera una hora, ¡aquellos hombres valientes! Aquí aprendemos que Jesús realmente tenía que pisar el lagar solo (Is. 63:3), y que no había ninguno de Sus hijos con Él. Y así Le pertenece todo el honor, ¡y sólo a Él!

Además, ¿acaso no aprendemos aquí lo que quedaría de nuestra salvación si dependiera de nuestros celos religiosos y nuestra vigilancia? ¿O piensas que tú habrías actuado mejor que los discípulos de Jesús? Nosotros habríamos dormido y así perdido nuestra salvación. Muchas veces ni siquiera podemos soportar que alguien nos mire raro a causa de nuestra religión. Estas son las lecciones que aprenden los hijos de Dios en este huerto de Getsemaní, y también en las experiencias de su vida. El Señor quiere que cada habitante del cielo se dé cuenta del peligro y de la muerte de los cuales ha sido salvo, y por tanto, el camino al cielo va a través de Getsemaní.

No obstante, también podemos aprender aquí que no todos los hijos de Dios son llevados a la misma profundidad de la justicia de Dios. Aquí se ve la diferencia entre los ocho discípulos que tuvieron que quedarse en la entrada el huerto de Getsemaní y los tres discípulos que entraron con Jesús en aquel huerto oscuro. David fue llevado muy profundo cuando clamo: *“Un abismo llama a otro”* (Sal. 42:7). Hay otros de los hijos de Dios que comparten la misma certeza de la fe, pero no conocen estas profundidades. Oh, ¡espero que aquellos a quienes les gusta medir a los demás se fijen en esta lección!

Muchas veces los hijos de Dios se quejan de que no puedan inclinarse lo suficiente ante Dios. Nuestro sentimiento de culpa y de la tristeza según Dios y nuestra humildad muchas veces son tan superficiales, y aun así Dios nos bendice y nos consuela tan ricamente. Aquí en este huerto, hijos de Dios, se aprende que somos salvos sólo porque Jesús se humilló tan inexpressablemente profundo, y porque Su alma estaba muy triste, hasta la muerte (Mt 26:38).

Tantas veces no estamos de acuerdo con los hechos de Dios, y tenemos tanto miedo de las aflicciones, y en vez de estar sumisos, nos quejamos del camino de Dios. Y aun así el Señor nos bendice, aún después de nuestra murmuración. ¿Cómo puede ser eso? También aprendemos eso en este huerto: es porque Jesús no tuvo miedo de la cruz, sino que como nuestro Fiador, Él cumplió todo hasta la perfección. Al final Él dijo: *“Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”*

Muchas veces nuestra fe está tan débil, como la caña cascada y el pábilo que humea (Mt. 12:20), ¡y aun así Dios la ve como oro! Hijo de Dios, el motivo de esto es que Jesús es el Autor y Consumador de la fe, y estando en agonía profunda Él no dijo “Mi Dios”, sino “Mi Padre”.

Hay veces cuando el hijo de Dios puede sentirse como abandonado por Dios, y dice con el Salmista: *“Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de agua, y la corriente me ha anegado”* (Salmos 69:2). Es así que aprendemos que no hay rescate por nuestros pecados en nosotros mismos. Jesús consiguió eso, pero es necesario conocer las riquezas de la gracia y misericordia de Él que pasó por las aguas de la muerte eterna por nosotros.

A veces el hijo de Dios tiene vergüenza porque siempre levanta la misma oración. Bueno, querido hijo, si tus necesidades son las mismas, ciertamente puedes pedir lo mismo una y otra vez; ¡Jesús hizo lo mismo en Getsemaní! No obstante, Jesús oraba en sumisión a la voluntad de Su Padre; ¡qué el Señor nos enseñe a hacer lo mismo!

Puede ser, hijo de Dios, que te encuentres en circunstancias difíciles que te preocupan, pero parece que a tus amigos no les importa, y te dejan solo. Eso no quiere decir que el asunto que te preocupa sea algo equivocado, porque el Señor Jesús experimentó lo mismo en Getsemaní. Él podía decir lo mismo que decía David, que no había quien cuidara de su vida (Sal. 142:4).

También puede ser que el hijo de Dios esté en un condición de somnolencia espiritual en un tiempo cuando debe estar bien despierto y cuando el vigilar es sumamente necesario. Eso no siempre quiere decir

que no haya amor por Dios. Dios arreglará este asunto contigo solo, para tu salvación y para Su honor. *“El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”* (Mt. 26:41). Sin embargo, Getsemaní nos enseña que es muy necesario velar y orar, pues de lo contrario caemos en la tentación. Muchas veces las palabras *“El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”* son abusadas como una excusa o pretexto para una vida cómoda. Oh, qué el Señor nos guarde de eso en estos días tristes en los cuales vivimos, porque es evidente que hemos entrado en los días de la gran tentación que sobrevendrá sobre toda la tierra.

Ahora bien, queridos amigos, que el Señor santifique a nuestro corazón lo que hemos escuchado hoy, para Su honor y para nuestra salvación, Amén.